

Alexander Jiménez Matarrita<sup>1</sup>

La vida en otra parte. Migraciones y cambios culturales en Costa Rica

Universidad de Costa Rica

[nicolae.orescu@gmail.com](mailto:nicolae.orescu@gmail.com)

*La vida en otra parte* es un libro dedicado a pensar cómo inmigrantes y emigrantes han participado y siguen participando en la construcción de los patrones y las prácticas culturales costarricenses.<sup>2</sup> Pero es también un libro que intenta dibujar las tensiones derivadas de esa participación generosa. Migrantes y refugiados enriquecen nuestros mundos culturales. Sin embargo, no siempre respondemos ante ellos con gratitud y hospitalidad, con derechos y oportunidades. De hecho, a menudo respondemos con desconfianza, temor, hostilidad y exclusión. Este es también un ensayo que busca comprender esas contradicciones.

Las siguientes páginas constituyen un adelanto del primero y del último de los capítulos del libro.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Alexander Jiménez Matarrita es filósofo. Hasta hace poco tiempo imaginó que sus reinos eran el billar y el fútbol. Sin embargo, la miopía y las lesiones han terminado por convencerlo de que su vida estaba en otra parte. Es doctor en Filosofía por la Universidad de Salamanca, donde también ha sido profesor visitante. Su tesis doctoral obtuvo el Premio Extraordinario del año 2001. Es investigador y catedrático de filosofía en la Universidad de Costa Rica. Gracias a un error que no cometerá dos veces, fue Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica durante el período 2002-2006. Obtuvo el Premio Nacional de Ensayo “Aquileo J. Echeverría” con su libro *El imposible país de los filósofos*. Con dinero del premio, y junto a Carlos Sandoval, fundó “Merienda y Zapatos”, una asociación que beca y acompaña académicamente a niñas y niños inmigrantes pobres.

<sup>2</sup> Jiménez Matarrita, Alexander. *La vida en otra parte. Migraciones y cambios culturales en Costa Rica*. San José: Editorial Arlekin, 2009. Ver la reseña de Víctor Hugo Acuña Ortega en este número de *Istmo*.

<sup>3</sup> Se respeta el formato original del texto.

Parte Primera

*¿Qué pasa, quién pasa, en Costa Rica?*

*Acogerás al extranjero como a ti mismo*

Manual de los oficios extraños

*Dame, pues, acogida en tu barco,  
que a ti suplicante y expatriado llegué*

Odisea, Canto XV

## ¿No pasa nada en Costa Rica?

*En Costa Rica no pasa nada desde el Big Bang.* Así comienza la novela *Cruz de olvido* (Carlos Cortés, 1999). La sensación de un país vacío de eventos significativos no es exclusiva del personaje que enuncia la frase en ese relato publicado hace diez años. De hecho, dibuja el estado emocional de mucha gente para la cual en Costa Rica nunca hay nada nuevo bajo el sol. Es un dibujo que logra captar al mismo tiempo dos extendidas formas de sensibilidad. Para unos aquí no pasa nada porque todo está tan bien que los cambios vendrían sólo a empeorar las cosas. Para otros el hecho de que no pase nada revela el estado de descomposición sufrido por una sociedad conservadora. Aquel personaje de novela, un periodista de *Sucesos* para quien *todo, todo sigue igual, como siempre, desde hace siglos, a pesar de los siglos*, regresa desde otro país y parece observar lo que nadie ve: un país en el que *todo se puede arreglar* y que está marcado por los signos de la disolución y el olvido. Se trata de alguien que viene de perder muchas guerras y mucha gente y que constata amargamente un final de época, el cierre de muchos telones. De ahí su frase desencantada. Pero aquella frase inicial de la novela no era un diagnóstico certero y tampoco buscaba serlo. Era sólo el irónico comienzo de un relato en el cual ocurren muchas cosas. *Cruz de olvido* cuenta una historia tensa y trágica que se encarga de contradecir su propio comienzo.

Lo cierto es que en Costa Rica pasan muchas cosas desde el Big Bang. En el último medio siglo, por ejemplo, pasó tanto que este país es ahora otro. Hasta hace medio siglo tuvo una población escasa, rural, joven, con trabajos poco diferenciados, una población relativamente cohesionada por las marcas de una identidad nacional que la hacía imaginarse culturalmente homogénea, blanca, pacífica, igualitaria y eternamente democrática. Luego muchos de estos datos e imaginaciones fueron cambiando. La estructura de la población se transformó aceleradamente en las últimas tres décadas. Ahora es más numerosa, más plurinacional y plurilingüe, vive más años en promedio y tiene bastantes menos hijos, las familias nucleares monoparentales y las unipersonales han aumentado, han disminuido significativamente las familias extensas. Es una

población más urbana que ya no necesariamente estudia y trabaja cerca de donde vive. La suposición de habitar un país igualitario se esfumó cuando se hizo obvia la creciente desigualdad entre personas que no tienen las mismas oportunidades, no ejercitan de la misma manera sus derechos, han dejado de sentir que pertenecen a un proyecto común que las incluye y en medio del cual pueden decidir el curso de su vida. Hay otros signos reveladores de la desigualdad: la imposibilidad de escolarizarse adecuadamente, la segregación residencial operada por la opulencia y el miedo, la voracidad destructiva de una élite económica y política alejada cada vez más de las convicciones democráticas, si es que se puede afirmar que alguna vez las tuvo.

Es cierto que en las décadas de 1950, 1960 y 1970, Costa Rica desarrolló una institucionalidad educativa, laboral, y sanitaria a partir de la cual se alcanzaron notables índices de desarrollo humano. También es cierto que han aparecido nuevos lazos y movimientos sociales, expresiones y grupos artísticos y culturales, luchas organizadas por la igualdad de los géneros, por la representatividad y autonomía de las minorías étnicas, por el reconocimiento de las diversas identidades sexuales, y por el respeto de los derechos humanos y los procedimientos democráticos. Todas estas sensibilidades en movimiento han operado cambios legales e institucionales de un cierto valor. Pero en medio de ello la desigualdad sigue creciendo y por ello no parece razonable imaginar este país como igualitario, democrático y decente.

El *Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010*, un documento mediante el cual el gobierno intenta planificar y evaluar el desarrollo costarricense, sostiene que Costa Rica se caracterizó por niveles importantes de integración social, espacial, económica y cultural. Sin embargo, afirma que *ese rasgo central de la nacionalidad costarricense ha venido desdibujándose aceleradamente* en la misma medida en que aumenta la desigualdad, la brecha en el acceso a las oportunidades de bienestar, el crecimiento del temor y la desconfianza personales, así como la segregación espacial de las ciudades. Ante este escenario que no coincide con la forma habitual de imaginar este país, el plan insiste en la necesidad de una deliberación conjunta para *encontrar las claves que impidan un proceso irreversible de desintegración de la sociedad costarricense y su abandono de formas elementales de interacción y solidaridad que están en la base de nuestra*

*nacionalidad*<sup>4</sup>. Más allá del discutible uso de la nacionalidad como fundamento de la cultura política, estas son confesiones de un actor central que reconoce la existencia de un país en peligro de desintegración y con significativas carencias democráticas.

Algo parecido postula el libro *Se acabó la pura vida* (Juan Pablo Pérez Sáinz y Minor Mora Salas, 2009). Según ellos, Costa Rica había destacado en América Latina por favorecer modelos de convivencia social sustentados en una significativa distribución de la riqueza que promovía la inclusión social. Además, su imaginario social propiciaba una cultura política de la negociación y la búsqueda de la cohesión social. Este era el país del pura vida, pero ese país ya no existe. En su lugar emergió una sociedad marcada por la desigualdad y por la exclusión social. En Costa Rica, la pertenencia a ciertas clases, en particular a los sectores medios bajos, la nacionalidad, el nivel educativo, la edad y el sexo, coloca a las personas en riesgo permanente de empobrecimiento. El nuevo modelo global de acumulación atenta contra los procesos redistributivos y deja marcas en la estructura social. Hoy Costa Rica es una sociedad que empobrece y excluye a una buena parte de sus habitantes<sup>5</sup>. Estos sectores que no gozan de ciudadanía social y que están condenados a una economía de miseria revelan fragmentaciones y desigualdades que ponen en entredicho la vieja creencia de ser una democracia eterna.

En una amplia mirada que intenta analizar los procesos de 1940 junto con las condiciones de finales de siglo XX, Manuel Solís (*La institucionalidad ajena*, 2006) sostiene que en Costa Rica las reformas sociales y económicas no son el producto de una cultura política democrática. Constituyen, ciertamente, avances institucionales. Pero no ocurren como producto de procesos democráticos. La seguridad social y los desarrollos electorales no vinieron aparejados de una clara vida ciudadana. Son el producto de caudillismos y del goce que esta sociedad parece experimentar frente al verticalismo y el centralismo políticos. Estas son las marcas de un sistema político degradado y absolutamente distante de las convicciones democráticas que imaginamos tener. Así se ha construido Costa Rica y es este lazo autoritario el que une el pasado y el presente.

---

<sup>4</sup> Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica (2007). Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010. 55.

<sup>5</sup> *Ibíd.* 8.

Esta cultura política autoritaria no tiene como contrapartes ni la organización ni el control ciudadanos. Por todo ello Solís habla de una *institucionalidad ajena*.

Nuestra institucionalidad no sólo nos resulta ajena. A menudo la sentimos perversa pues parece tener un cierto instinto de clase que la lleva a colocarse del lado de ciertos grupos privilegiados. Quizá sean privilegiados precisamente porque nuestra institucionalidad no es nuestra sino de ellos. Manifestaciones muy recientes de algunos actores políticos parecen indicar su molestia por no contar con el favor de todas las instituciones de control que a veces se oponen a sus proyectos políticos personales y familiares.

Como se ve, en cincuenta años muchas cosas no pasan nunca y siguen operando, como siempre, en el marco de viejas desigualdades. Pero también es cierto que hay cosas que pasan y se hacen notar. En medio de algunos cambios alentadores y de estructuras autoritarias que no desaparecen, hay algo más que ha venido pasando en Costa Rica y acerca de lo cual es necesario hablar. Se trata de la gente, de la gente que pasa. Gente que va de paso hacia otras sociedades, gente que viene desde otros países y elige quedarse, gente que se va de este país en el cual han nacido porque intuye que aquí no podrán cumplir sus proyectos de vida. Cuando se mueven, todas estas personas transforman su propia historia, la de sus familias y amigos, la vida de sus comunidades y países. Las personas que vienen, porque se trata de personas con un proyecto de vida a cuestas, las que se van, las que sólo están de paso, también cambian nuestras prácticas y nuestros horizontes culturales.

La migración no es una circunstancia pasajera ni un hecho menor de la historia del país. Es un dato estructural que marca la vida económica, política, social y cultural. Sin el reconocimiento de que la migración es un componente significativo de su realidad no es posible comprender la historia reciente ni el futuro de Costa Rica. Pero claro, hay quienes se esfuerzan en imaginarla como si en ella no pasara nada desde el Big Bang.

## Imaginarios desgastados

Los cambios recientes provocados por las migraciones crean incertidumbre y ansiedad en el modo como imaginamos este país y hacen emerger sensibilidades heterogéneas. Hay sectores sociales y grupos que reaccionan con temor ante la presencia de inmigrantes internacionales y los culpan, quizá inducidos por el manejo noticioso que hacen los medios de comunicación, de la inseguridad ciudadana<sup>6</sup>. Para ellos los extranjeros traen la peste de la inseguridad y el riesgo de echar a perder un paraíso. Otros sectores, convencidos de habitar un Estado de derecho, se empeñan en luchar por los derechos de los inmigrantes y por crear las condiciones óptimas para su integración sociocultural. Para éstos se trata de intentar ser fieles a eso que podríamos llamar la imaginación democrática.

La presunción de habitar una sociedad excepcional, típica de todos los nacionalismos, cristalizó de manera consistente en la población costarricense. Esta certeza de poseer un carácter excepcional se expresa en diferentes rasgos virtuosos atribuidos a la nación o a la nacionalidad: país con una democracia perenne o en todo caso muy antigua, país homogéneo e igualitario de gente blanca, individualista y liberal, país con más maestros que soldados, país de paz, sociedad que resuelve de modo pacífico conflictos y desacuerdos, país de la amistad y el pura vida, paraíso en los trópicos y suiza centroamericana, sociedad incluyente e integrada, país de instituciones fuertes y de élites políticas benevolentes<sup>7</sup>.

Hasta hace muy pocos años estos relatos permanecían incólumes y conservaban la fuerza para propiciar ciertos modos de estar juntos. Pero se han ido desgastando y ya no tienen el poder simbólico que tuvieron. Algo está cambiando significativamente en la manera como los costarricenses imaginan su identidad y formas de convivencia. La sociedad costarricense parece estar experimentando un agotamiento o, en todo caso, un reacomodo de esas certezas. Cosas

---

<sup>6</sup> Algunas de estas tendencias son analizadas en el Informe Nacional de Desarrollo Humano del PNUD-Costa Rica, del año 2005, titulado *Venciendo el temor: (In)seguridad ciudadana y desarrollo humano en Costa Rica*. También son estudiadas en el Informe del Observatorio de Medios de Comunicación para la Población Migrante y Refugiada, del año 2008, titulado *Prensa escrita costarricense y población migrante y refugiada*.

<sup>7</sup> Jiménez Alexander (2008).

significativas parecen estar sucediendo en las estructuras y las relaciones sociales, en las formas de entender los pactos sociales y los marcos jurídicos, en la confianza social, en las adhesiones a las instituciones democráticas y en la fuerza de los lazos sociales.

Algo pareció quebrarse en el modo de imaginar la vida social y esta quiebra se acompaña de ansiedades e incertidumbres que afectan la convivencia. Las personas intuyen que algo significativo ha cambiado en sus identidades y en el modo en que habían venido viviendo juntas. Haber tenido un país excepcional, haberlo perdido, no saber bien qué es lo que está pasando son percepciones significativas que la gente suele asociar a distintos factores. Algunos de ellos tienen que ver con complejos procesos económicos y políticos que no es el caso exponer en este libro. Otras transformaciones son de tipo social y poblacional.

Este país se acostó hace cincuenta años siendo un mundo y ayer despertó siendo otro. Y no ha sido un despertar feliz. Cuando intentan explicar las razones de estos cambios y estas nuevas complejidades muchas personas mencionan distintos factores. Algunos mencionan decisiones políticas relacionadas con ajustes estructurales o bien a grupos organizados que no atienden sino a sus propios intereses. Otros culpan a poderosos procesos globales que han venido cambiando el mundo y cuya fuerza arrastra consigo la disolución de las viejas identidades y formas de convivencia. Nos interesa estudiar a quienes atribuyen la pérdida del país a la presencia de ciertos grupos de inmigrantes internacionales. Queremos estudiar los procesos migratorios como un factor visible en el cual se condensan miedos, incertidumbres, hostilidades no resueltas. En su valoración de esos procesos la gente se juega su propia explicación de lo que pasa y no comprende. El uso de los inmigrantes y emigrantes como chivos expiatorios de las crisis económicas, políticas y sociales, es algo que este ensayo analiza y discute.

## Entrar y salir del paraíso

En Costa Rica convergen tres tipos de movimientos migratorios. Por un lado tenemos el *Sur-Sur*, el más numeroso y estudiado de los movimientos, representado por la población nicaragüense,

panameña y colombiana. Por otro lado, existe el movimiento *Sur-Norte*, constituido por las miles de personas costarricenses que emigran hacia Estados Unidos. Por último tenemos el *Norte-Sur*. Este incluye a personas provenientes de Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea que se desplazan para viajar o residir en el país<sup>8</sup>. Podríamos hablar de un cuarto movimiento compuesto. Se trataría del *sur-sur-norte*. En este caso los movimientos migratorios tienen su origen en países pobres y vienen de paso a otro país mientras preparan el salto a los países del norte. Costa Rica es un territorio migratorio que experimenta entradas definitivas, salidas y llegadas provisionales de migrantes internacionales. Su condición de país receptor, expulsor y de tránsito migratorio tiene distintas consecuencias sobre la vida cultural del país.

Los vínculos entre cultura y migración adquieren o cambian su sentido según hablemos de los distintos niveles desde los cuales las sociedades contemporáneas suelen experimentar el proceso migratorio: como sociedades expulsoras, como sociedades receptoras, como sociedades de tránsito de inmigrantes. Cada uno de estos niveles transforma la vida cultural de las sociedades, pero no lo hace de la misma manera. Los efectos particulares de la recepción de inmigrantes son diferentes a los producidos por la emigración.

Hasta hace muy pocos años la sociedad costarricense imaginó su relación con la migración internacional en un solo sentido: como sociedad receptora. Buena parte de sus gobernantes y de su gente quiere seguir imaginándola de esa manera. Hay una significativa resistencia a reconocer que también de este país los nacionales deben emigrar. No entienden cómo la gente decide irse de este paraíso. En ello ven traición o irresponsabilidad. Tampoco admiten que una parte de los inmigrantes internacionales llegados a Costa Rica no buscan radicar en ella, sino que van de paso hacia terceros países.

La imaginación migratoria en Costa Rica tiene el esquema del paraíso: todo el mundo quiere entrar, nadie quiere salir. Pero eso choca con el principio de realidad pues dos hechos no pueden ya dejar de ser reconocidos: Costa Rica es una sociedad expulsora y es una sociedad de tránsito de inmigrantes internacionales. Es el resultado de los movimientos de miles de personas que han

---

<sup>8</sup> Sandoval, Carlos (2007). "Introducción".

entrado y se han establecido o han pasado marcando la vida de los demás con su paso, o bien que han nacido aquí y se han ido y desde fuera han seguido construyendo el país con su vacío y su dinero, con sus intercambios y sus cambios personales que también cambian a los suyos y a sus comunidades. Aunque aún no podemos afirmar que esté consolidado, es posible constatar que algo se ha estado moviendo en el reconocimiento de que esto es lo que somos.

### Contradicciones irresueltas

En muy pocos años Costa Rica ha debido enfrentar desafíos y complejidades de una nueva composición migratoria. Es cierto que, como en otros momentos migratorios, sigue primando una migración transfronteriza cuya constitución mayoritaria es la de una población económicamente activa y no especializada. Pero el nuevo contexto incluye cambios numéricos altamente significativos y nuevas poblaciones migrantes. Existe mayor diversidad demográfica y distribución geográfica, así como una mayor extensión en el mercado laboral e interacción con las comunidades receptoras<sup>9</sup>. Estos escenarios migratorios se articulan con transformaciones recientes experimentadas por la sociedad costarricense.

En sus últimos 25 años Costa Rica reorientó su modelo productivo y social. Las políticas de ajuste transformaron el modelo de acumulación y la estructura del Estado. Aparecieron nuevas actividades agrícolas y nuevos núcleos de diversificación y apertura de la economía en ramas como la construcción, el turismo, el sector inmobiliario y los servicios. El mercado de trabajo y los patrones de interacción social también sufrieron cambios importantes. Todo ello ocurría en una economía cuya oferta de mano superaba la mano de obra disponible. Esta brecha propició el crecimiento del número de personas inmigrantes desde comienzos de la década de 1990<sup>10</sup>. Pero quienes llegaron desde países en los cuales estaban excluidos del bienestar y del poder vieron

---

<sup>9</sup> Morales (2008).

<sup>10</sup> *Ibíd.*

prolongada y reforzada su exclusión social mediante la exclusión cultural<sup>11</sup>. Algo parecido puede decirse de los emigrantes costarricenses que viajaron a Estados Unidos.

Los procesos migratorios costarricenses deben ser interpretados sin olvidar estas transformaciones locales, regionales y extrarregionales, en especial la globalización del trabajo y los nuevos modos de regionalización. No parece posible dibujar el panorama migratorio costarricense sin incluir en ese dibujo la lógica migratoria de la región centroamericana. De hecho, una de las carencias analíticas que se han ido subsanando en Costa Rica desde hace unos cuantos años es interpretar su historia en el marco de los procesos históricos, sociales, económicos y culturales de carácter regional.

La experiencia migratoria en la región centroamericana no es un fenómeno reciente; es una realidad de la cual se tiene constancia desde hace muchos años y que se relaciona con situaciones políticas, sociales, económicas y ambientales de cada país y de su lugar en los procesos regionales.

Se pueden reconocer tres momentos migratorios significativos en Centroamérica. El primero de ellos tiene que ver con la agroexportación, modernización e incipiente formación de mercados laborales a partir de la década de 1950. El segundo momento comprende los desplazamientos forzados durante los conflictos armados en Centroamérica. Hacia finales de la década de 1970 dichos conflictos se agudizaron, la violencia social se incrementó y los desplazamientos fueron de carácter masivo. En este periodo las personas centroamericanas refugiadas y desplazadas hacia destinos específicos, como Costa Rica y Estados Unidos, iniciaron el establecimiento de redes transnacionales, familiares y amistosas, que han resultado fundamentales para las migraciones de los años más recientes<sup>12</sup>. El tercer y actual momento tiene que ver con la transnacionalización laboral y la globalización en Centroamérica<sup>13</sup>. Comienza a mediados de la década de 1980, y es contemporáneo de las últimas etapas de los conflictos armados y los procesos de negociación en la región. Es un momento migratorio relacionado con

---

<sup>11</sup> Mora Salas y Pérez Sáinz (2009). 75.

<sup>12</sup> Morales, Abelardo (2006, 2007).

<sup>13</sup> *Ibíd.*

fenómenos como el aumento de empleo en el sector terciario, el estancamiento y deterioro del sector público, la crisis del sector de subsistencia agrícola con expresiones de descampesinización y migraciones internas y externas, la caída del nivel promedio de salarios reales, la mayor participación de mujeres en el mercado laboral y la disminución del empleo público<sup>14</sup>.

Centroamérica se ha caracterizado por una historia de migraciones intrarregionales, principalmente de carácter transfronterizo. Recientemente a esa historia debe agregarse un importante componente de migraciones extrarregionales dirigidas a Estados Unidos. La conjunción de estas dos realidades nos coloca frente a una nueva modalidad de regionalismo y exige repensar los desafíos de una ciudadanía democrática<sup>15</sup>.

Actualmente en la región se pueden identificar algunas características globales de las migraciones. Es el caso de la urbanización, feminización y transnacionalización. Esta última designa el proceso por medio del cual *los inmigrantes forjan y sostienen relaciones sociales de múltiples lazos que vinculan sus sociedades de origen y asentamiento (...), o campos sociales que cruzan fronteras geográficas, culturales y políticas*<sup>16</sup>. Algunos países, como El Salvador, han cristalizado como sociedades transnacionales antes de constituirse plenamente como comunidades nacionales. Quizá en ese marco toma sentido la intuición según la cual Estados Unidos es la *nueva madre patria* de los salvadoreños<sup>17</sup>. Sin duda, también es una nueva madre patria para miles de costarricenses.

Otro rasgo visible de los nuevos movimientos migratorios es la *migración de relevo*. En Costa Rica, por ejemplo, se incorpora de mano de obra inmigrante para reemplazar o relevar a la mano de obra costarricense que se desplaza a otros países, sobre todo a Estados Unidos. A veces este relevo tiene un componente étnico. Es el caso de la población indígena ngöbe, proveniente de la zona fronteriza con Panamá y encargada de buena parte de la recolección de café en las

---

<sup>14</sup> *Ibíd.*

<sup>15</sup> *Ibíd.*

<sup>16</sup> Basch *et al.* citados en Caamaño (2007).

<sup>17</sup> Huezo, Miguel (2009). 13, 48.

zonas cafetaleras de Pérez Zeledón y Los Santos<sup>18</sup>. También hay presencia de inmigrantes nicaragüenses.

En este complejo escenario de procesos nacionales, regionales y extrarregionales emergió en Costa Rica una contradicción que aún parece mantenerse. Por un lado los inmigrantes han sido reconocidos como imprescindibles para una economía en transición desde la agroexportación tradicional hacia la economía de servicios. Por otro lado han sido percibidos como un grupo que ponía en riesgo las prestaciones sanitarias y educativas del Estado y las oportunidades de empleo<sup>19</sup>. Parfraseando un sentimiento experimentado en otras sociedades *queríamos que viniera mano de obra pero llegaron personas*<sup>20</sup>. Es decir, llegaron hombres y mujeres, niñas y niños, con derechos y proyectos de vida, cuando muchos sólo querían que viniese fuerza de trabajo. Fuerza de trabajo sin nombre, sin aspiraciones, sin lazos amorosos, familiares, culturales. Pura fuerza bruta, instrumental, anónima. Eso imaginaron muchos individuos y grupos interesados. No personas, nunca personas. Esta distancia entre imaginar y tratar a las personas como fuerza de trabajo y enfrentar los reclamos de sus derechos ha llevado a percibirlos como necesarios pero amenazantes, útiles pero incómodos.

Esta contradicción ha sido quizá uno de los factores explicativos de la inexistencia de una clara política de migraciones que asegurara la integración de esas personas imaginadas como pura fuerza de trabajo. Sin embargo, algunas decisiones políticas la han suavizado. Entre 1992 y el año 2002 se otorgaron permisos temporales de trabajo, se emitieron decretos para regularizar la situación de inmigrantes indocumentados y se aprobó una amnistía migratoria. Además, Costa Rica suscribió acuerdos con el gobierno de Nicaragua para establecer flujos regulados de mano de obra y se incorporó a la Conferencia Regional sobre Migración, conocida como Proceso Puebla<sup>21</sup>. En noviembre de 2005 fue aprobada una ley de migración que entró en vigencia en

---

<sup>18</sup> Morales, Abelardo (2007).

<sup>19</sup> Morales (2008)

<sup>20</sup> Cachón, Lorenzo (2009).

<sup>21</sup> *Ibíd.*

agosto de 2006. Luego de casi cuatro años de haber sido aprobada, en agosto de 2009, fue derogada y aprobada una nueva ley que empezará a regir en marzo de 2010.

Por todo ello quizá sea injusto afirmar que el país ha dado la espalda al hecho migratorio. Pero lo cierto es que tampoco lo ha mirado de frente y de manera sostenida. En el mejor de los casos, ha sido una mirada fugaz y de perfil. Como quien mira algo que pasa de lejos y que no le concierne. En el peor de los casos, y ahora hablo de una ley de migración que nunca debió ser aprobada, se trataba de una mirada siniestra. Para no seguir con metáforas, de lo que se trata es de un déficit de ciudadanía en poblaciones migrantes que habitan Costa Rica y en la población emigrante costarricense en otros países, principalmente en Estados Unidos. Ni las decisiones políticas ni las leyes han garantizado los derechos y el desarrollo humano de las personas migrantes.

### ¿Planes nacionales para un país multinacional?

Hay un déficit de ciudadanía patente en el lugar que ocupan, aunque quizá sería más preciso decir *que no ocupan*, en el *Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010* los emigrantes costarricenses y los inmigrantes internacionales que habitan Costa Rica. Dicho plan constituye un marco de orientación y articulación de los planes operativos institucionales del gobierno, organiza los presupuestos públicos en función de esos planes operativos y ofrece la posibilidad de evaluar la gestión pública<sup>22</sup>. Aún en el caso de que sea sólo un gesto burocrático y vacío, que no lo es, el plan permite juzgar hacia dónde dirige el gobierno su mirada. De hecho, en el *Prefacio* del *Plan Nacional de Desarrollo* el Presidente Oscar Arias dice que dicho plan refleja sus compromisos de campaña y las tareas prioritarias de su gobierno. Una de ellas consiste en *poner en orden las prioridades del Estado*. En la *Introducción General* del plan se afirma que éste tiene dos grandes referentes. Uno de ellos es la visión socialdemócrata. Según el documento, la socialdemocracia se orienta por el principio de igualdad, por el apego estricto a los procesos democráticos, por el

---

<sup>22</sup> Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica (2007).

reconocimiento del valor de la política para cambiar la realidad y por el papel preponderante del Estado en los procesos sociales y económicos. El otro referente es el enfoque del desarrollo humano, centrado en la expansión de las libertades y posibilidades efectivamente disfrutadas por las personas. Desde esa perspectiva, el plan tendría como finalidad proponer políticas públicas que hagan posible la construcción y el ejercicio de las capacidades humanas, que fortalezcan el tejido social, que permitan a las personas y comunidades decidir su destino con autonomía.

Después de la alentadora declaración de los principios que rigen el *Plan Nacional de Desarrollo* uno esperaría un ejercicio de imaginación política democrática amplio. Ciertamente hay proyectos puntuales significativos y un notable esfuerzo de articulación de esos proyectos. Pero quizá se eche en falta un dibujo más certero de la compleja realidad de Costa Rica. En este sentido, hay que alabar la franqueza de sus redactores. Según estos, el plan no está precedido por una amplia deliberación nacional y es más bien el resultado de una mezcla de la propuesta de gobierno y el juicio de jefes y cuadros técnicos de la administración pública<sup>23</sup>. Por eso asumen que quizá muchas cosas han quedado por fuera. Una de ellas es el hecho, fundamental para entender qué es esto que llamamos Costa Rica, de que este es un país receptor, expulsor y de tránsito de inmigrantes internacionales.

El *Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010* tiene algunos méritos en relación con el hecho migratorio. Propone la búsqueda de reformas organizativas en la Dirección General de Migración y Extranjería con el fin de agilizar los trámites migratorios y de obtención de pasaporte.<sup>24</sup> Busca incorporar en el Código de Trabajo un capítulo específico sobre trabajadores migrantes *con el fin de hacer posible una gestión ordenada de la migración con fines laborales en y hacia Costa Rica...y asegurar que los trabajadores inmigrantes vean resguardados sus derechos laborales y contribuyan de manera proporcionada al financiamiento de los servicios sociales que utilizan*<sup>25</sup>. Además, el gobierno se compromete a establecer un modelo migratorio sustentado en la integración de la población migrante mediante la seguridad social y 300 programas de cogestión

---

<sup>23</sup> *Ibíd.* 33.

<sup>24</sup> *Ibíd.* 95.

<sup>25</sup> *Ibíd.* 70.

comunitaria entre ciudadanos costarricenses y migrantes<sup>26</sup>. Otro compromiso político fundamental recogido en el plan, y cumplido en agosto de este 2009, es la reforma a la ley de migración y extranjería aprobada en el año 2005<sup>27</sup>.

Aunque algunas de estas propuestas puedan generar ciertas dudas razonables, lo cierto es que revelan una voluntad de integración en el marco de los derechos. Pero quizá el mayor mérito del plan es reconocer que en Costa Rica la política migratoria ha estado regida por el enfoque de seguridad cuando se trata de una realidad que rebasa dicho ámbito<sup>28</sup>. Lo anterior significa que Costa Rica no ha tenido antes del *Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010* una política migratoria. Tampoco la ofrece el plan y no hace mucho por crear las condiciones para tenerla en el futuro.

Hay detalles reveladores en dicho plan. Se habla de Costa Rica como si sólo estuviera habitada por costarricenses. Ignora el dato de que casi un 10 por ciento de sus habitantes son inmigrantes. Se empeña, con justa razón, en enfrentar el tema de la desigualdad pero no menciona la desigualdad por nacionalidad de cara a las oportunidades y a los derechos. En los ámbitos educativos, sanitarios y laborales no se habla de esa desigualdad. Se habla de la educación de los costarricenses, de la salud de los costarricenses, de los trabajadores costarricenses. Alguien podría pensar que tratándose de un plan nacional sólo debe hablar de los costarricenses. Pero no es así. Esta nación lleva dentro muchas nacionalidades. En este país hay mil países. En esta nación habitan en su mayoría costarricenses. Pero también cientos de miles de personas que no lo son y que, sin embargo, han de ser imaginados como parte de la nación pues de hecho lo son por su convivencia, su trabajo y su contribución a construirla y sostenerla. No mencionarlas explícitamente revela una sensibilidad desatenta y empobrecida.

Es cierto que el *Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010* habla de diversidad cultural. Pero lo hace frente a un horizonte estrecho. Tan sólo insiste en que la diversidad no ha sido incorporada dentro de la imagen internacional del país y ello supone no aprovechar su posibilidad

---

<sup>26</sup> *Ibíd.* 53

<sup>27</sup> *Ibíd.* 54.

<sup>28</sup> *Ibíd.* 33.

de contribuir en la atracción de inversiones y turismo<sup>29</sup>. Diversidad cultural para inversores y turistas. Cultura fingida, impostada, de salón, para entretener y seducir a quienes vienen con el dinero. En todo caso, la idea es que esta *diversidad cultural costarricense* y la producción artística han de ser parte integral de la identidad nacional y del posicionamiento internacional de Costa Rica. El gobierno se compromete a impulsar el programa “Nuestra cultura en Centroamérica y el mundo” que buscará aumentar la presencia de *artistas y productos culturales costarricenses* en el exterior y que buscará construir redes de artistas y creadores centroamericanos<sup>30</sup>.

Dentro del sector de seguridad ciudadana y prevención de la violencia se propone como una de las metas el desarrollo de un *modelo de administración de flujos migratorios*. Este debería permitir un control migratorio respetuoso de los derechos humanos y la integración de la población migrante a la seguridad social y a los servicios que ofrece el estado costarricense<sup>31</sup>. Es meritorio este empeño en crear condiciones para la integración en los mecanismos de bienestar y protección institucional. Pero es revelador que no aparezca explícitamente el tema de la integración y del reconocimiento cultural de las personas migrantes. Es decir, no aparece el tema del lazo social de la sociedad costarricense con las poblaciones de inmigrantes internacionales que acoge.

El punto es que en el Plan Nacional de Desarrollo, interesado en crear condiciones para impedir la desintegración de este país, no se menciona nada acerca de esta dimensión cultural de la integración. El plan dedica un breve apartado a describir Costa Rica como un país pequeño que recibe porcentajes significativos de inmigrantes nicaragüenses y de refugiados. En un elogio razonable se dice que *de manera inusual tratándose de un país en vías de desarrollo, la población inmigrante ha tenido un amplio acceso a nuestros servicios sociales, incluyendo educación y salud, lo que ha supuesto un considerable esfuerzo financiero para Costa Rica*<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> *Ibíd.* 46.

<sup>30</sup> *Ibíd.* 53.

<sup>31</sup> *Ibíd.* 49.

<sup>32</sup> Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica (2007). 103.

Pero se trata al final de un elogio incompleto. Debió incluir un gesto de gratitud y no sólo esta declaratoria sacrificial. No es cierto que ese *considerable esfuerzo financiero* acerca del cual habla el plan ocurra sin enormes evidencias de reciprocidad por parte de las personas migrantes. Este esfuerzo diario, generoso, enriquecedor es también de migrantes y refugiados que cotizan, sostienen mundos productivos y laborales.

Es necesario seguir discutiendo las limitaciones reconocidas oficialmente y las que aún no lo han sido acerca del *Plan Nacional de Desarrollo 2006-2010*. Un debate público intenso en torno de dicho documento parece recomendable para así contribuir a un diagnóstico más certero y a horizontes más amplios e inclusivos.

Una de las carencias más llamativas y quemantes del plan consiste en su abierta ignorancia de la realidad de la emigración costarricense. No se la menciona como un hecho político, económico y cultural fundamental y quizá por ello no se alude a la necesidad de proteger los derechos ciudadanos de emigrantes costarricenses que viven fuera del país y de inmigrantes internacionales que habitan y contribuyen diariamente en el desarrollo de Costa Rica. Daría la impresión de que quienes escribieron el plan imaginan que de este paraíso nadie sale y que quienes ingresan a él no cuentan a la hora de dibujar la realidad y los proyectos de este país.

### De lo que no se habla, de lo que se habla

Los efectos de las migraciones son diversos y complejos. Este ensayo sigue uno solo de ellos a sabiendas de que está enlazado con otros varios aspectos de la realidad costarricense. Este libro intenta captar las transformaciones culturales relacionadas con los procesos migratorios en la Costa Rica contemporánea. Ello supone estudiar prácticas culturales artísticas, comunicativas, jurídicas, educativas, organizacionales, religiosas, familiares, vinculadas con el hecho migratorio y que han transformado nuestras pautas culturales, nuestras sensibilidades e imaginarios sociales.

La producción académica e investigativa sobre migración es vasta en el país. En los últimos diez años se han venido realizando estudios, tesis, y trabajos de investigación en torno a distintos

planos del hecho migratorio, tal y como queda patente en la bibliografía de este mismo trabajo. Ahora bien, es evidente que se ha dado énfasis a ciertos aspectos en detrimento de otros. Los aspectos laborales, legales, económicos, educativos, sanitarios, y administrativos han sido ampliamente estudiados. Uno de los asuntos menos estudiado hasta ahora son los aportes y cambios culturales generados por las dinámicas migratorias. Hay muy poco desarrollo analítico en torno a la producción artística y literaria, las políticas y algunas prácticas culturales. Además, por esa misma razón, no se han analizado los vínculos entre dichos asuntos y el mundo simbólico, institucional y legal de este país. Este libro pretende ser una contribución en el estudio de esos campos. Para ello ofrece algunos datos y dibuja algunos campos de estudio que merecen mayor investigación.

En este libro defiendo la tesis de que las migraciones han cambiado nuestra vida cultural y para ello ofrezco evidencias y tendencias. No ofrezco un recuento exhaustivo de dichos cambios. Eso significa que quizá no aparezcan aquí eventos, proyectos, organizaciones y personas que también han sido importantes en estas transformaciones. A cambio, espero que este trabajo propicie nuevas investigaciones que puedan incluirlos. Parto de la idea de que la cultura, además de su valor intrínseco como forma de vida y conjunto de patrones de interpretación y orientación dentro de una sociedad, tiene una enorme importancia por su capacidad de mediar entre los procesos socioeconómicos y la vida cotidiana de la gente.

De eso trata este libro, de cómo cambian las personas, de cómo cambian las culturas, de cómo cambian los países. Por eso, y por algunas otras cosas, cada país es todos los países.

### **En un país mil países**

Es necesario seguir hurgando en los alcances de nuestra ciudadanía, de nuestros marcos legales, de nuestra educación sentimental. Tenemos que poder llegar a los puntos ciegos donde las leyes y las instituciones no llegan. Tenemos que imaginar políticas, modelos educativos, principios morales, vidas familiares, que nos permitan llegar a ser alguna vez una sociedad decente. Eso

implica construir un país que no esté organizado en torno al miedo, la hostilidad o la desconfianza. Obviamente este empeño no tendrá cumplimiento de manera absoluta. Pero, en medio de sus limitaciones, siempre es posible alcanzar formas de vida más equitativas. Siempre es posible construir sociedades más hospitalarias y decentes. Nada prueba que los países estén condenados a ser inhóspitos e indecentes.

La migración es un hecho complejo que produce cambios complejos. ¿Qué pasará de aquí a cincuenta años? Es improbable saberlo. Algunas conjeturas no pasan de ser dibujos apocalípticos o bienintencionados. Pero poco más. En cualquier caso, este libro nunca tuvo pretensiones proféticas. Es tan sólo un ensayo sostenido por la intuición según la cual nuestra humanidad es todavía una aspiración ética incumplida y en construcción. Muchas cosas la impiden, en especial los sistemas económicos y los órdenes políticos opresivos, voraces y excluyentes. Estos tienen un especial instinto de clase para discriminar entre quienes van a ser tratados de manera humana y aquellos a quienes se les ofrece un trato humillante e indigno.

Por eso es necesario pensar y discutir la historia de cada sociedad desde el punto de vista de su justicia o injusticia, su crueldad o su hospitalidad. Los procesos migratorios son una ocasión propicia para saber finalmente quiénes somos y cómo respondemos ante ciertos desafíos.

La identidad nacional no puede ser el criterio fundamental para convivir en sociedades culturalmente complejas y diferenciadas. En su lugar es preciso construir una cultura pública común reflexiva y cambiante. Sólo la construcción de una cultura pública común, que no consagre relaciones éticas meramente tradicionales y que permita debatir las tradiciones compartidas, puede permitirnos habitar alguna vez sociedades hospitalarias con quienes siempre han estado en medio de nosotros y con quienes se nos unen viniendo de otras partes. Sólo así podremos hacer juntos este tenso viaje por la vida.

Con toda seguridad este libro no ha captado en toda su complejidad los procesos culturales ligados al hecho migratorio. ¿Quién podría captarlo? La idea ha sido dibujar algunos campos que ya se han investigado y otros que aún están por trabajar.

¿Qué dones traen y llevan los migrantes y refugiados? ¿Qué los sostiene en su afán de encontrar vida en otra parte y así salvar la vida de los suyos y, por un extraño sortilegio, también la vida nuestra? ¿Qué cosas ponen en movimiento allí donde llegan con su mundo y su historia a cuestras? No siempre sabemos cómo responder a estas cuestiones. Pero intuimos que no tenemos derecho a responder con desconfianzas y miedos infundados, porque empobrecen, porque no construyen lo humano sino lo inhumano, porque nos condenan a vivir de lo peror de nosotros mismos. Si queremos instalarnos en el temor tendríamos que hacerlo razonablemente. En Costa Rica parece racional temer a grupos políticos y empresariales voraces que no han dejado de promover exclusión y discriminación. Pero no es legítimo sentir temor a los migrantes y refugiados. Tenemos que acabar con las pesunciones irresponsables según las cuales los extranjeros traen la peste de la pobreza y la muerte. No son ángeles, es cierto, pero muchas veces anuncian y traen parcelas de humanidad que nos perderíamos si no estuvieran en medio de nosotros. Y a la riqueza que nos traen deberíamos poder responder no con gestos obscenos y mezquinos, sino con una profunda gratitud que se exprese en el reconocimiento de lo que son y en crear las condiciones para que cumplan sus proyectos de vida. Sólo así podríamos sentirnos orgullosos de nuestro país. Porque un país que humille y desprece y empobrezca la vida de sus inmigrantes y emigrantes está condenado a muchos siglos de soledad.